

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

En el presente número de Cuenta y Razón hemos seleccionado una serie de lecturas recomendables abordando tanto las cuestiones de interés más reciente como las cuestiones más remotas. Resulta obvio, no obstante, que estas últimas pueden resultar imprescindibles para una correcta interpretación del presente.

JAVIER TUSELL

Cuestiones actuales

Quizá podemos empezar este apartado tratando de un libro en que se puede decir que quedan abordadas las claves de la política democrática. Éste es, en efecto, el contenido de Josep M. Colomer, “Instituciones Políticas”, Barcelona, Ariel, 2001. Los llamados “científicos de la política” o “politólogos” se caracterizan a menudo en España por una dependencia excesiva del

Derecho Constitucional o por estar centrados en una temática muy determinada sin llegar a salir de ella desde la publicación de su primera obra científica que de forma habitual tiene un interés exclusivo para España. Josep M. Colomer es una excepción en varios sentidos. En primer lugar, le interesa la vida política democrática en su conjunto y no tan sólo un aspecto de la misma. Además, aunque una parte de su obra se ha referido a España, en concreto a la transición, un rasgo

muy característico de todo lo que ha escrito es el hecho de que contenga abundantísimas referencias a otras latitudes.

De entre los politólogos españoles tan sólo un maestro no sólo de nuestro entorno sino también de la Ciencia Política universal, Juan Linz, conoce tan bien como él la política comparada de los regímenes democráticos. En tercer lugar, la obra de Colomer, muy extensa y siempre interesante de leer, parte de un utillaje mental

y terminológico muy característicamente norteamericano. La verdad es que con frecuencia resulta el más útil para interpretar la realidad o, al menos, supera en mucho al que utilizan los especialistas franceses o alemanes. No obstante en ocasiones da lugar al empleo de palabras o bien incorrectas o que tienen un sentido un tanto diferente en castellano que en su traducción directa del inglés: tal es el caso de “mediano”, “extensivo” o “dividido”. La propia descripción del objeto de la política democrática como “la provisión de bienes públicos por líderes” peca, quizá, de ese inconveniente.

Pero los libros de Colomer son siempre de enorme interés, sobreabundan en una sabiduría cosmopolita y, además, de ellos cabe deducir enseñanzas que trascienden el nivel teórico y pueden resultar de aplicación en la práctica en latitudes muy diversas, incluso las españolas.

Instituciones políticas tiene un título inapropiado por demasiado general pues, en realidad, viene a ser una teoría general de la elección social en un marco democrático. Lo que el autor estudia son las reglas formales del juego en una democracia, como son quiénes deben votar, cómo se cuentan los votos y qué se vota. Sólo en el último capítulo se aborda por parte del autor la cuestión relativa a la elección de instituciones socialmente eficientes.

En este capítulo es donde se encuentra el verdadero centro de gravedad del libro. Existe un supuesto convencional muy difundido que atribuye a la democracia con sistema electoral de carácter mayoritario y alta concentración del poder, por ausencia de un gobierno compartido, el mayor grado de eficiencia imaginable. La tesis de Colomer, coincidente con la de

otros como Lipjhardt es, por el contrario, que cuanto más complejas son las instituciones políticas más estables resultan y los resultados de su funcionamiento son percibidos por la sociedad como más eficientes. Los argumentos a los que recurre son muy variados pero quizá los que resultan más definitivos e inapelables son los de carácter histórico. Los regímenes parlamentarios de tendencia mayoritaria parecen tan sólo una fórmula prestigiada por el pasado. La fórmula presidencialista o semipresidencialista ha obtenido un mejor resultado y es ahora la más difundida, pero otra tendencia importante que obtiene resultados muy positivos es la representada por los regímenes parlamentarios con sistema de representación proporcional. Lo dudoso del funcionamiento de algunos sistemas presidenciales en el Este de Europa induce a coincidir con la opinión de Colomer.

En cambio, en el libro siguiente nos encontramos con la posibilidad de conocer un vasto panorama del mundo surgido tras la caída del comunismo. En Robert D. Kaplan, “Rumbo a Tartaria. Un viaje por los Balkanes, Oriente Próximo y el Cáucaso”, Barcelona. Ediciones B, 2001, la visita al antiguo Imperio Turco facilita a un autor norteamericano de éxito el diagnóstico sobre una porción crucial del mundo de la posguerra fría.

La cita de Maquiavelo con la que el periodista y ensayista Robert D. Kaplan inicia su último libro traducido al castellano parece muy definitoria de sus propósitos. “Muchos —escribió el florentino— han imaginado repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos en la realidad”. Es este último término quien parece haber inducido al escritor a emprender el viaje por todo lo que en el pasado anterior a la primera guerra mundial fue el Imperio Turco, perpetuo enfermo terminal pero nunca definitivamente difunto. El acercamiento al palpito de la vida diaria sólo lo puede proporcionar el viaje, y no por avión sino terrestre. Kaplan no quiere hacer un diagnóstico sino intentar una descripción lo más aséptica posible aunque en realidad emite repetidos juicios de valor. A veces da la sensación de que la narración viajera no es más que un recurso de estilo porque Kaplan acumula las citas bibliográficas, pero en otras ocasiones la sensación es que sólo se puede viajar de este modo, es decir pertrechado de conocimientos previos abundantes en donde integrar cuanto en este momento conoces.

Autor de otros libros semejantes y de artículos de ensayo cosmopolitas —aunque no exentos de un cierto narcisismo en la visión catastrofista— Kaplan ha elegido una región a la que considera como el

“sismógrafo” del mundo tras el cambio del milenio. Es, en efecto, el lugar de donde proceden gran parte de los recursos energéticos (y está en condiciones de serlo más todavía en el futuro previsible) pero además resulta especialmente conflictiva e inestable; además, para buena parte del mundo occidental, en especial en los Estados Unidos, es prácticamente invisible en el sentido de que gran parte de lo

que allí sucede ni siquiera merece el privilegio de ocupar unos segundos en las televisiones o unos centímetros cuadrados en los medios de comunicación escrita.

En la porción europea de ese mundo empieza por producirse la gran falla de separación entre Europa central y balcánica. Esta última (Rumanía, por ejemplo) ha realizado con mucha mayor dificultad y lentitud la transición del comunismo, a pesar de que sus antecedentes podían parecer más prometedores desde la óptica de tiempos pasados. Otra falla sería la perceptible entre Turquía, de un lado, y Siria, de otro, o los países del Cáucaso. Kaplan ve a la primera con una mirada complaciente, como si en ella los conflictos no superaran el nivel de la baja conflictividad. Siria sería, en cambio, una sociedad militarizada hasta el absurdo; en el fondo carente de una clase dirigente capaz de hacerla despegar pero al mismo tiempo predominante en el Líbano y capaz de producir un inagotable torrente de conflictos en Medio Oriente. De nuevo la mirada sobre Jordania e Israel resulta benevolente: Kaplan aprecia hasta qué punto el segundo de estos países se aleja del sentido fundacional que en un determinado momento tuvo. En cambio, quizá por el momento en que redactó su libro, tiene una visión demasiado optimista de la convivencia entre israelíes y palestinos que luego ha quedado vigorosamente desmentida.

La otra gran falla de civilización se produce, en su opinión, en el Mar Negro y hacia Asia central. Las sensaciones que de su narración se desprenden hacen pensar en que el viajero ve pocas esperanzas en lontananza: multiplicación de grupos étnicos en relaciones turbulentas, Estados improvisados, desolación, carencia de oposición, brutalidad, corrupción, gigantescas diferencias de renta entre la mayoría y una minoría pretenciosa hasta el abuso. Y, sin embargo, junto al Caspio no tardarán en extraerse el doble de barriles de petróleo que en Kuwait.

Como los anteriores, el de Kaplan es un libro superficial a veces, pero también ameno porque introduce píldoras de erudición en una narración aventurera y llena de anécdotas. Su conclusión — pocas esperanzas inmediatas pero necesidad urgente de observación detenida— es más bien amarga pero instructiva de cara a un mundo cada vez más globalizado.

Finalmente, en dos libros de gran interés, “San Egidio, Roma y el mundo”, Barcelona, Plaza y Janés, 2001 y “El siglo de los mártires”, Plaza y Janés, 2001, Andrea Riccardi expone su labor intelectual y las claves de su obra asistencial y pacifista.

Cordial y entusiasta, Andrea Riccardi, reciente Premio Internacional Catalunya, ha estado en Barcelona para recibirlo y esto le ha valido para contribuir

a explicar su obra y su pensamiento. Pero quienes tengan mayor interés en el personaje y en lo que ha hecho tienen la oportunidad ahora de profundizar en ambos gracias a la aparición de dos libros de indudable interés. Uno es una larga conversación con él en donde explica los caminos de la comunidad de San Egidio que él ha animado; el otro es una muestra de su obra intelectual como historiador del

mundo contemporáneo.

Un rasgo muy característico de Riccardi y de la comunidad de San Egidio es precisamente la combinación entre la tarea intelectual y la praxis. Si quienes la llevan a cabo no participaran de esa condición, quizá ésta no habría tenido un sesgo tan marcado hacia el ecumenismo o hacia los procesos de paz. Riccardi, en concreto, es historiador y su dedicación profesional es inseparable de su actitud más profunda y de su interpretación de la vida. Lo que le proporciona la Historia es una especie de sensibilidad profunda ante la realidad que le hace ver el presente desde el pasado y a la vez le ayuda a interrogarse sobre el pasado desde el presente. Se pregunta, así, en su última investigación, acerca de una realidad apenas tenida en cuenta por los historiadores del siglo XX: la de que millones de seres humanos han perdido la vida por su fe durante la centuria que ha concluido. Lo que le lleva a escribir sobre ellos no es tanto la búsqueda del ejemplo o la pura reivindicación y menos aún revolve contra los perseguidores, sino la conservación de la memoria. El misterio de esa resistencia a perder las creencias más íntimas hasta el sacrificio de la vida es, a la vez, un interrogante y la consecuencia de posición propia. El libro ha sido posible gracias a la consulta de fondos poco conocidos existentes en el Vaticano. Lógicamente resulta de carácter general y por ello no

permite profundizar en cuestiones como las que interesarían a los españoles (la guerra civil), pero es un libro valioso, inteligente y que llama la atención sobre un aspecto desatendido de la reciente Historia universal.

Si Riccardi se ha fijado en él debe ser porque tanto él como su comunidad, surgidos lejos de la Iglesia oficial como consecuencia de una peculiar sensibilidad de un momento histórico, al mismo tiempo enlazan con realidades permanentes de la Historia del cristianismo. Riccardi deriva del espíritu del 68 y, como las más importantes consecuencias de esta fecha, siempre ha estado mucho más volcado a la voluntad de cambiar el hombre que de hacer modificar estructuras estatales o eclesiásticas. Su sensibilidad tiene mucho que ver con el franciscanismo y con la recuperación del sentido más elemental, directo y sencillo de la caridad. Se basa, por ejemplo, en la amistad y en la atención personal a los desvalidos, pobres, ancianos y también a los países en condiciones de subdesarrollo. Pero, además, tiene una vertiente muy estrictamente contemporánea, actualísima. En un mundo globalizado sus inquietudes no pueden quedar reducidas a lo más inmediato, sino que se proyectan allí donde hay necesidades más apremiantes. Porque el desarrollo se ha demostrado imposible sin la paz y porque la guerra constituye el mayor obstáculo para que aquél se convierta en posible, la

comunidad de San Egidio ha contribuido de forma poderosa a la solución de conflictos, como en Mozambique. Eso exige ser consciente de que el diálogo es siempre necesario: nadie deja de merecer una palabra en la búsqueda de coincidencias. En este mundo, por otro lado, son cada vez más patentes las posibilidades y las dificultades del ecumenismo: también las segundas porque los muros de la

ignorancia hacen aparecer barreras para la comprensión que se concretan en simplificaciones esclerotizadas acerca del otro. Todas estas vertientes de la obra de Riccardi y San Egidio, tan coincidentes con la sensibilidad de Juan Pablo II, rompen los moldes del enfrentamiento entre un catolicismo reaccionario y progresista que todavía son tan habituales en nuestro país y convierten la experiencia en enormemente interesante.

El pasado siempre presente

El lector que se acerque al libro de Raymond Carr, “Historia de España”, Barcelona, Península, 2001, probablemente quedará un poco decepcionado. Raymond Carr es el decano de los historiadores británicos dedicados a cosas españolas y maestro no sólo de hispanistas sino también de muchos historiadores españoles de prestigio. El breve libro que edita ahora Península cuenta con las colaboraciones de una larga serie de especialistas de aquella nacionalidad. Quizá lo más interesante de este libro es el prólogo en que Carr revela su interés sobre un rasgo muy característico de nuestro pasado, la pluralidad. España, asegura, citando a un autor del XIX es “un manojito de unidades locales atadas por una cuerda de arena”. En definitiva, el punto de vista es distinto al de Domínguez Ortiz en un libro publicado no hace mucho

por este gran maestro de la historiografía española. El libro de Carr, obviamente escrito para un público inglés, se resiente del género de simplificaciones de quien dispone de poco espacio. ¿Se puede decir, por ejemplo, que el pacto de Estella nació “de la protesta popular”, como asegura Balfour en el último capítulo? El prestigio de un apellido anglosajón no debiera llevar a la traducción de libros que no son tan necesarios para nuestros lectores.

En cambio hay que recomendar vivamente un libro que puede quedar olvidado por quedar tan sólo para especialistas cuando su interés objetivo es muy grande. Me refiero a Borja de Riquer, “*Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*”, Vic, Eumo, 2000, que bien puede describirse como una aportación fundamental al debate sobre nación y nacionalismo en España.

Como es bien sabido una de las cuestiones claves que en el momento presente preocupan a los historiadores españoles es la que se refiere al sentimiento nacional. Nacida del debate público pero también de los planteamientos paralelos en otras latitudes, esta materia fue objeto de tratamiento un tanto simplificador por parte de periodistas de derechas o de izquierda, más peligrosos que los primeros. Sólo en los últimos tiempos han entrado en este campo los profesionales de la Historia aunque muy pronto han

hecho aparecer un buen número de libros. Entre ellos tienen especial interés los de historiadores catalanes como Anguera, Fradera y Borja de Riquer. El de este último, a pesar de que, nacido de previos artículos, abunda en repeticiones, resulta el más interesante porque en él resulta perceptible una línea vertebral interpretativa que reviste gran interés y parece muy difícilmente controvertible.

Según Riquer, como la inmensa mayoría de los historiadores, no se puede hablar de surgimiento de la Nación propiamente dicho hasta la contemporaneidad. El proceso tuvo peculiaridades en España pues, aunque podía pensarse, de acuerdo con el punto de partida en el siglo XVIII, que desembocara en algo parecido a lo sucedido en Francia o Italia, se adentró en mucha mayor complejidad. Por un lado se produjo un fracaso del proceso nacionalizador español que, además, compitió dialécticamente con los nacionalismos periféricos en una relación cambiante y nada predeterminada en sus resultados. La débil nacionalización española nació de factores diversos, desde la carencia de conflictos exteriores, cuando menudeaban los internos, hasta la falta de vertebración del mercado nacional. Los dos instrumentos que pesaron de forma más manifiesta en el caso francés —el Ejército y la Escuela— fallaron de forma lamentable porque un Estado débil apenas tenía fuerzas para cumplir con esa misión elemental; en estas condiciones perduraron las lenguas propias sin ser desplazadas, como sucedió en el País vascofrancés o en la Cataluña de más allá de los Pirineos. Los símbolos de unidad —la bandera, el himno, la propia Monarquía...— nunca fueron potentes. La escasa socialización de la política contribuyó también a que el proceso de nacionalización renqueara. Con la Restauración se dio por supuesta

una Nación metahistórica, engendrada en tiempos remotos y “obra de Dios”, pero cuya socialización popular no pasó de elemental.

Mientras tanto la experiencia que se vivió desde la periferia fue la de un Estado representado casi en exclusiva por militares en el que los capitanes generales ejercían como virreyes actuando muy a menudo al margen de la legalidad liberal. Desde muy temprano existió una acusada conciencia de pluralidad cultural expresada en un doble patriotismo que no parecía engendrar conflictos insolubles. No hubo, sin embargo, una voluntad mínima de satisfacer demandas de descentralización y menos aún de que apareciera la pluralidad pasmada desde el punto de vista político. Durante todo el siglo XIX Cataluña vivió marginada de la vida pública española, jugando sus dirigentes un papel mínimo en Madrid. A partir de 1898 el catalanismo acabaría por pasar “de elegía a causa”, en palabras de D’Ors; fue ya un momento irreversible de no retorno. Barcelona se convirtió en capital de cultura, como Madrid, en relación de igual a igual con ella y a menudo conflictiva pero sin romper definitivamente los lazos con la capital. La eclosión de los nacionalismos periféricos, en especial el catalán, tuvo como consecuencia final una reacción tan esperable como peligrosa: un españolismo de reacción, antidemocrático, hizo acto de presencia y se convirtió en

elemento identificativo de la derecha española.

Puntos concretos de la tesis interpretativa de Borja de Riquer pueden ser discutidos. Es posible, por ejemplo, que atribuya al estado de la Restauración unos males que eran los de la propia sociedad, o que minusvalore un nacionalismo español liberal y democrático que también existió. Pero el resto de su interpretación

parece poco controvertible y tiene el mérito de proporcionar un esquema explicativo de la que habrán de partir todos los historiadores del presente y del futuro y que bien harían en asumir políticos y periodistas.

En realidad el libro de Borja de Riquer se refiere a un pasado decimonónico. En cambio el de Hilari Riquer, “La pólvora y el incienso. La Iglesia y la guerra civil española (1936-1939)”, Barcelona, Península, 2001, extenso y erudito, aporta una abundante información sobre un aspecto muy importante de la Historia española del siglo XX.

Tiene toda la razón Hilari Riquer cuando afirma que, así como hay muchas cuestiones acerca de la guerra civil que con el transcurso del tiempo ya han logrado un acuerdo generalizado entre los historiadores, no sucede así en lo relativo a los aspectos religiosos. Riquer, un historiador conocido y prestigioso, aunque ha tratado también otras cuestiones en su abundante obra (recuérdese su biografía del general Batet) ha abordado esta temática en libros anteriores. Su biografía de Carrasco Formiguera o su tesis doctoral acerca de “Unió Democràtica de Catalunya” trataban de cuestiones conectadas con ella, e incluso escribió un librito titulado La cruz y la España que, por su carácter general, viene a ser el antecedente del que ahora ha publicado Península. La selección de títulos de Historia de esta editorial

parece muy acertada en los últimos tiempos.

¿Cuáles son las razones de esta ausencia de consenso? Frente a lo que se podría pensar, no nace de la discrepancia de la izquierda historiográfica sino del renacer de una versión de derecha extremista que interpreta lo sucedido durante el período bélico como si hubiera sido una continuación de una persecución religiosa anterior y no presta mucha atención al contexto histórico del momento. A nadie puede ocultársele que quienes escriben en estos términos están muy lejanos al lenguaje de la Iglesia española de la etapa de Tarancón y, en cambio, sintonizan mucho más con el clima ambiental de las beatificaciones recientes. Nadie puede dudar que hubo muchísimos españoles católicos que perdieron la vida por sus creencias. Lo inquietante es no darse cuenta de que también sucedió lo mismo en el otro bando, juzgar que lo primero fue una conspiración más que una explosión, todo lo demencial que se quiera, y no tener en cuenta tan sólo la actitud de los asesinados sino también el propósito de los asesinos. La actitud del mundo católico ante la guerra civil española debe considerarse como un momento cardinal en la Historia del catolicismo contemporáneo y eso debiera hacer que se facilitara el acceso a nuevas fuentes (vaticanas y españolas, como, por ejemplo, el archivo Gomá). No se puede

quejar de ser malentendido quien no parta de esta actitud.

De todos los modos, la interpretación general que de lo sucedido debe hacerse está clara. Es la que aparece en libros de otros historiadores como Álvarez Bolado o Marquina y que Raguer desarrolla aportando nuevas e interesantes fuentes como, por ejemplo, los archivos de Vidal i Barraquer, hasta ahora conocidos

de forma incompleta, y otros de carácter eclesiástico o privado. Quizá nuestro autor, por simpatías bien patentes en un libro que siendo ejemplar desde el punto de vista histórico es también sincera y honestamente apasionado, al dedicar muchas páginas a los católicos de mentalidad más abierta, democrática y tolerante, de forma inevitable puede dar una sensación distinta de la real. Parece evidente que la mayoría de los católicos españoles estuvieron en otra postura, por más que ésta hoy nos resulte casi ininteligible.

En el libro de Raguer se abordan todas las grandes cuestiones que esta decisiva cuestión suscita. Se hace siempre a partir de la ya abundante bibliografía existente pero también con aportaciones sobre aspectos concretos que siempre tienen el máximo interés.

Su interpretación general parece por completo correcta y asumible. En primer lugar la sublevación de julio de 1936 no debe juzgarse como motivada primariamente por razones religiosas sino de otro tipo. Sin embargo a continuación se produjo lo que Álvarez Bolado ha denominado como una “sobreinterpretación religiosa” de la guerra debido en gran medida a la persecución religiosa. Esta “sobreinterpretación” que llevó a considerar la guerra como una “cruzada” ha hecho olvidar con frecuencia que los juicios del Vaticano y de los dirigentes de la España de Franco muchas veces fueron no sólo distintos sino también conflictivos. Aunque

acabara por decantarse al lado de los vencedores, el primero mantuvo una posición distinta que los franquistas juzgaban demasiado “neutralista” y que llegó a provocar un choque entre el papa Pío XI y el almirante Magaz, primer representante de la España sublevada ante el Vaticano. En el bando de Franco la actitud predominante consistió en tratar de mantener los privilegios otorgados por el concordato de 1851 y considerar que Roma debía identificarse por completo con la causa propia puesto que era la del “país más católico de Europa”. Por su parte la República sólo en su fase final intentó de forma muy tímida dar una apariencia de normalización a una situación que desdecía con la Constitución; lo hizo dirigiéndose a los sectores del catolicismo más aperturista pero cuando ya era tarde y difícilmente podía cicatrizar la herida abierta por las muchas suertes y persecuciones padecidas.

Dentro de este esquema interpretativo puede tomarse como ejemplo de investigación inteligente y cuidadosa la forma en que aborda Raguer la carta colectiva de los obispos españoles para percibir lo que tiene su libro de original y novedoso. Hubo tres iniciativas a la hora de redactar un documento episcopal conjunto. El papa quería una declaración sobre la colaboración entre católicos (el PNV) y los comunistas, Gomá tan sólo un texto más genérico y general, pero el propósito triunfante fue el de Franco y

consistió en una declaración dirigida al catolicismo mundial. No fueron dos sino cinco los obispos que no la suscribieron; de ellos cuatro eran catalanes o vascos. El papa no quiso prologar una colección de respuestas obtenidas por los obispos españoles en el extranjero, sino que tan sólo mandó una carta que en la España de Franco se publicó censurada. A través de todos estos matices que proporciona la obra

de Raguer hay que entender lo sucedido en ese pasado que se aleja en el tiempo y que, sin embargo, sigue estando presente en nuestra vida colectiva.

Quizá podemos pasar, a continuación, a un libro que aborda cuestiones de Historia universal y no sólo española. En Martin Allen, “El rey traidor”, Barcelona, Tusquets, 2001, se explica cómo los duques de Windsor fueron bastante más que una romántica pareja enamorada.

La personalidad del Duque de Windsor y de su mujer, de soltera Wallis Simpson, parece salir de las páginas de papel brillante de las revistas del corazón. Aún en la actualidad se les rememora como prueba de que el amor es capaz de hacer que una persona pueda perder un trono. Pero su trayectoria posterior, principalmente durante la segunda guerra mundial, hace olvidar esa historia y recuerda hasta qué punto, en un momento crucial de la Historia del mundo, los sectores más conservadores de países de tradición liberal como Gran Bretaña estaban dispuestos a entregarse a los nazis.

El futuro duque de Windsor, a quien llamaban en familia David y que reinó en Gran Bretaña con el título de Eduardo VIII durante tan sólo 325 días, había conocido a la señora Simpson en 1929 y se convirtió en Rey a la muerte de su padre, Jorge V, en enero de 1936. Abdicó tan sólo por la condición de divorciada de la señora

Simpson pasado menos de un año, pero sus ideas extremadamente reaccionarias eran ya conocidas. Más alemán que británico, tenía una detestable opinión de los políticos democráticos que se incrementó cuando se sintió presionado para abandonar el trono. Nunca perdió la esperanza de recobrarlo y cultivó todo tipo de amistades peligrosas durante los años inmediatamente anteriores a la guerra mundial. Hizo, por ejemplo, un sonado viaje a Alemania en el que no tuvo inconveniente en mantener una entrevista con el propio Hitler. En realidad, la vida que llevó en esos años, plena de indiscreciones y de gestos de dudoso gusto político hacia estos sectores, correspondía a una especie de soberano en paro ocasional: con su mujer se desplazaba rodeado de más de media docena de sirvientes y 226 maletas y baúles. Quienes le rodearon gustaron poco de sus insensateces personales y políticas, bien conocidas pero que resultaron bastante inocuas. El autor de este libro piensa, sin embargo, que no lo resultaron tanto. De acuerdo con su interpretación, convertido en una especie de emisario de buena voluntad británico habría proporcionado a los alemanes información sobre la línea de defensa francesa, de tal modo que Hitler pudo penetrarla y derrotar a sus adversarios en junio de 1940. Las pruebas que ofrece, sin embargo, son inconsistentes incluso por las características personales del personaje del que,

además, no se entendería que hubiera permanecido al lado de su país si hubiera cometido esa clamorosa traición.

Cuando resultó realmente peligroso este personaje fue en el momento en que, ya derrotada Francia, Gran Bretaña dudaba entre mantenerse en liza, como logró Churchill, o tratar de pactar con la Alemania de Hitler. El duque de Windsor no ocultó que

quería lo segundo porque estaba obsesionado por el anticomunismo pero acabó aceptando, tras una estancia en Madrid y en Portugal, partir como gobernador de las Bahamas. El Führer lo hubiera querido en Europa quizá para utilizarlo como posible relevo de su hermano como rey británico, dada su posición política. Cuando los duques volvieron a París, terminada la guerra, pudieron disponer de su casa, en que había alfombras de armiño, y de sus cuentas bancarias, lo que es bien expresivo de su colaboracionismo durante el pasado conflicto. Pasaron por la segunda guerra mundial, en la que tanto sufrió el pueblo británico, como si con ellos prácticamente no hubiera tenido que ver. En pleno conflicto se habían dedicado a la buena vida social utilizando a los servicios diplomáticos de países neutrales para conseguir que la duquesa recuperara un traje de baño verde que se había dejado olvidado durante la invasión alemana.

Insustanciales, ostentosos y ultrarreaccionarios, los Windsor, a pesar del título y contenido de este libro, parecen haber estado más cerca del cretinismo que de la tradición propiamente dicha. A un lector español le llamará la atención el hecho de que cuando Hitler quiso que volvieran a España y evitar que cruzaran el Atlántico se sirvió de dos personajes españoles, nada menos que Ramón Serrano Súñer y Miguel Primo de Rivera, viajando

el segundo a Lisboa en el intento fallido de convencerlos. De esta manera queda claro dónde estaba la España de entonces...

En el libro de Andrés Trapiello, "La noche de los Cuatro Caminos. Una historia del maquis, 1945", Madrid, Aguilar, 2001, aparece precisamente esa España de entonces que durante la guerra mundial había estado tan cerca del Eje.

El 22 de febrero de 1945, un grupo de guerrilleros urbanos comunistas asaltaron un local de la Falange en el barrio de Cuatro Caminos y mataron a dos personas que allí estaban, el responsable político y un conserje. El hecho tuvo de particular que, a pesar de la existencia de persistentes muestras de protesta armada en determinadas zonas campesinas, nunca había sucedido algo parecido desde la victoria de Franco en la capital. El momento bélico mundial favoreció también la conmoción entre los partidarios del régimen: la derrota del Eje, del que tan cerca había estado la España de Franco, se acercaba a marchas forzadas. Ambas realidades provocaron aquello que Dionisio Ridruejo, en un texto que merecería nueva edición, describió como una "reacción numantina". A los cuatro días hubo una gran manifestación que quizá no necesitó siquiera orquestación ni organización. El principal diario madrileño de entonces acuñó una divisa que dejaba bien clara la

decisión de resistir: "Tenemos el poder y la razón".

Pronto se demostró que el régimen de Franco tenía menos motivos para temer de lo que en principio podría parecer. En apenas tres semanas comenzaron las detenciones y a los dos meses del asalto eran ejecutadas siete personas como culpables o cómplices de lo sucedido. Algunos de ellos eran antiguos

combatientes en la guerra civil que habían participado en la guerra mundial al lado del maquis francés; otros pertenecían al aparato de propaganda y en otros casos se trataba de simples afiliados comunistas.

Con este suceso que en los manuales acerca del período apenas cubre tres o cuatro líneas, frecuentemente mal informadas, Trapiello construye una narración que resulta muy a menudo apasionante aunque la trama sea también muy enrevesada. ¿Se puede considerar que el resultado es Historia? En realidad Trapiello está más cerca del Truman Capote de A sangre fría, es decir, del reportaje periodístico muy documentado en que el autor ha tratado de profundizar, a base de empatía, en los personajes que transitan por las páginas del libro. El autor se topó con un informe policial en un librero de viejo y luego ha perseguido con tenacidad por archivos, periódicos y a través de llamadas telefónicas a los protagonistas. En ocasiones algunos planteamientos generales contienen errores de hecho: son inexactas las cifras de ejecutados durante la posguerra, las de sacerdotes y clérigos durante la guerra civil, así como algunas apreciaciones sobre el PCE de la época. Pero la documentación es tan sugerente y, sobre todo, la capacidad literaria y evocadora de Trapiello es tan intensa que en este libro se aprende mucha más Historia que en otros que reivindicaran pertenecer al género. Miseria, derrota y cruce

de miedos e ilusiones aparecen página tras página, y las imágenes fotográficas procedentes de la documentación las ilustran con tal perfección, que el lector imagina que hay en este libro un excelente germen para un buen guión cinematográfico.

La Historia más actual

De entre los libros que proporcionan una ojeada a la Historia reciente, quizá merece una especial atención el de Charles Powell, “España en democracia, 1975-2000”, Barcelona, Plaza